

# EL ECO DE CARTAGENA.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, correspondientes de la casa de Sarvedra.

## SEGUNDA EPOCA.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Lunes 10 de Julio.

### El Eco de Cartagena

Cartagena

á la luz de la tradicion  
y de la historia.

[SAN FULGENCIO]

(Continuacion.)

La vuelta de Fulgencio á Sevilla llevó por precursora á la fama que en todas partes le señalaba ya como el consejero del nuevo Monarca. La noticia de las últimas disposiciones de Leovigildo, habia cundido rápidamente en el Reino con diferente suceso, segun los campos en que debia hacerse sentir su accion. Para los católicos significaba un triunfo: para los arrianos el relámpago, nuncio del rayo preparado para aniquilarlos. Públicas eran ya tambien y objeto de comentarios entre el vulgo, las tendencias de conversion del rey Recaredo, que, fiel á los últimos preceptos de su padre, y mas que todo tocado por inspiracion divina, no hacia misterio de su afecto y benevolencia á nuestros dogmas. Por eso la mision de los dos santos hermanos, mas que de conquista, puede decirse estuvo reducida á un simple magisterio; poco, pues tendrían que hacer para remover obstáculos de rebeldía. El terreno estaba preparado, la materia dispuesta, la voluntad pronta. La conversion de Recaredo era ya un hecho: solo faltaba revestirla de la solemnidad oficial, para esto prudente y cauteloso no quiso precipitar los sucesos, parecióle mejor dejar algo á la accion lenta del tiempo, aplazando para mas adelante la celebracion de aquel ceremonial. El arrianismo tenia profundas raices así en la corte como en el Reino, y era preciso que el artificio y la maña con sus diversos resortes, y los obreros evangélicos con la uncion de su palabra a yudasen á que fuese menos violento su desarraigo.

Cálculase lo que el presbítero Fulgencio trabajaria en este sentido. Si

cuando el arrianismo era la religion del Estado y el ejercicio de la predicacion se hacia tan dificultoso, le vimos arrojar valientemente el guante á la heregia y seguir tras los transfugas de su religion hasta traerlos de nuevo al redil de la iglesia. ¿cuanto no habia de esperar ahora de aquel espíritu gigante en la libertad de accion que le dejaban tiempo y circunstancias tan favorables! Dígalo Sevilla, vergel ameno, no tanto por sus flores naturales, como por las muchas de santidad que brotaron al calor de su elocuente palabra. Dígalo sus triunfos, ya en públicas controversias, ya en pláticas doctrinales que tan brillante reputacion le conquistaron en el mundo católico; dígalo en fin los mismos arrianos que llegaron á temerle como al mas formidable campeón de campo cristiano.

Por fin llegó el día en que Recaredo, juzgándolo ya tiempo y sazón se determinó á dar, lo que hoy llamariamos el gran golpe de Estado. Para el efecto convocó á los príncipes del Reino y á los obispos arrianos con intento de dárselos cuenta de su conversion y librar la última batalla al arrianismo. Reñida fué la lucha; hubo discusiones, exposiciones de doctrinas, sutilezas de ingenio, pero al fin la obcecacion quedó vencida en su esfera mas persistente y proclamada la consustancialidad del Verbo con el Padre en el misterio augusto de la Trinidad.

Recaredo dió gloria á Dios echando en la hoguera los libros del heresiarca de Sebaste, cual otro Constantino en el Concilio de Nicea; incienso de obligacion mas grato á la Divinidad que las timiamas de Moisés y los perfumes quemados por Salomon en sus incensarios de oro. (Por mas que no pueda determinarse la asistencia de Leandro y Fulgencio á aquella augusta asamblea, podemos prudentemente suponerla mirando en ambos hermanos su triple carácter de tíos, consejeros y maestros del Monarca, y á quienes debemos considerar como el alma en todos los acontecimientos que prepararon la regeneracion gloriosa de nuestra España.

La victoria de Recaredo llevó por triunfo la conversion de su corte y de casi todos los obispos arrianos; y así sucesivamente y por la virtud atractiva de tales ejemplos, la de todo el reino en general. Las virtudes lo mismo que los vicios son semillas que fructifican en el campo moral de las sociedades, y su fuerza germinadora se hace tanto mas expansiva cuanto mayor es la altura de donde se arrojan.

Por el mismo tiempo en que tales acontecimientos alborozaban al mundo cristiano, la iglesia de Cartagena llorábase tan huérfana de ministros doctos que apenas se hallaba en su clero quien supiese más que Cristo crucificado. Así se expresaba su sabio prelado Liciniano en su epistola al Papa San Gregorio Magno; y ya fuere á instancias de tan venerable pastor, bien por la voluntad espontánea de Leandro movida por el encendido celo de la salvacion de las almas, ello fué que mandó á Fulgencio se trasladara desde Sevilla á su patria para que agregado á esta iglesia la ilustrase con los resplandores de su ciencia y yudase á Liciniano en el ministerio de la predicacion.

No se ocultaban á su santo hermano los riesgos á que le exponia en medio de una ciudad donde el sentimiento católico se desarrollaba trabajosamente sin proteccion oficial, solo y entregado á sus propias fuerzas; por que Cartagena en los tiempos que historiamos, continuaba todavía bajo el dominio de los romanos; y sabido es que entre estos cabian toda clase de creencias en materia de religion desde que Constantino les derribó per tierra los altares de Babilonia; por eso se lloraba miserable y escribia á su hermana Florentina: *Me duele que nuestro comun hermano Fulgencio vaya á un lugar donde tan grandes peligros le rodean; y añadia: pero estará mas seguro, si tu quiete hallas ausente y mas segura orases por el á Dios.*

Si grandes fueron los triunfos alcanzados por nuestro Fulgencio su Sevilla, mayores le esperaban en Cartagena donde en la libertad de creencias hallaba lozana vida el arrianis-

mo. En esto no habia mas que cambio de decorado ó mutacion de escena; la causa que venia á combatir era la misma que tantas veces habia humillado. Dióse, pues, Fulgencio á su familiar tarea de sembrar la divina palabra, sacando siempre por fruto, abundante mies que ofrecer á Dios en aras de su ardentísimo celo; y si infatigable le vimos en Sevilla, admirable le vemos en Cartagena, ora aceptando las luchas á que le provocaban sus enemigos, ya buscándolos para debatir con ellos en pública palestra, siempre con gloria para Dios y honra de su propia fama.

Si algun espacio le dejaban estas apostólicas tareas, lo empleaba útilmente en dejar correr su doctísima pluma en los muchos documentos que nos ha legado de su peregrino ingenio.

Dos años sobre poco mas ó menos llevaba Fulgencio en el ejercicio de tan santas ocupaciones, cuando el virtuoso Liciniano tuvo que salir de Cartagena huyendo de la saña personal de los arrianos; y he aquí justificados los temores de su santo hermano. Sin embargo, mas afortunado Fulgencio, nunca el furor de sus enemigos llegó á atreverse hasta su personalidad.

Mientras estas cosas sucedian en Cartagena, preparábase allá en Toledo un acontecimiento solemne que debia hechar el sello á la grande obra de la regeneracion religiosa de nuestra España. Recaredo que tres años antes habia anunciado al reino su conversion al catolicismo, queria legar al mundo un testimonio auténtico de esta mudanza: el documento fehaciente que la atestiguase siempre á la faz del mundo y de los siglos. Para el efecto convocó á concilio á todos los prelados de España y de la Galia narboneuse, á los magnates de su corte y notabilidades del reino en la dignidad, en las ciencias y en las letras.

Recaredo despues de una humilísima exhortacion á los padres rogándoles determinaran cuanto conviniera para la pureza y observancia de la fé, leyó en alta voz su pro-